

843
D.

PA 22 L6
.C7
S6

Es propiedad del Editor.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7, BIS.

CUENTOS ESCOGIDOS

PARA LA JUVENTUD

LA
FAMILIA
JOYEUSE



I

Los días de adversidad.

TODAS las mañanas del año, á las ocho en punto, en una casa nueva y casi deshabitada de cierto barrio de París, se oían gritos, llamadas y estrepitosas risas en el hueco de la escalera.

- Papá, no olvides la música que te he encargado.
 - Papá, el estambre para bordar...
 - Papá, tráenos rosquillas...
- Y la voz del padre llamando desde abajo:
- Zazá, bájame la cartera...
 - Vaya, bueno; siempre la estás olvidando...

Y era de ver el estrépito con que subían y bajaban, con las señales del sueño en la cara y los cabellos en desorden, unas cuantas niñas cuya algazara no cesaba hasta el momento en que, inclinadas

sobre la barandilla, despedían ruidosamente á un anciano, limpio y bien cuidado, cuya silueta veían desaparecer al final de la escalera.

El Sr. Joyeuse se marchaba á su oficina. Entonces todas aquellas niñas subían rápidamente hasta el cuarto piso, y después de cerrar de golpe la puerta de la habitación, se asomaban á una ventana para mirar otra vez á su padre. El buen hombre se volvía de cuando en cuando para verlas de nuevo, les tiraba besos con la mano y las niñas hacían lo mismo, hasta que por fin la ventana se cerraba, y todo en aquella vivienda recuperaba su estado normal, excepción de los carteles y anuncios de las tiendas vecinas, á quienes el viento hacía danzar de un lado para otro, como si ellos también quisieran tomar parte en la alegría y la algazara de aquella casa.

Un momento después, el Sr. Maranne, fotógrafo, que ocupaba el quinto piso, bajaba para colocar en el portal su muestrario, compuesto, como siempre, del retrato del vecino del cuarto piso, rodeado de sus hijas, formando diversos grupos; y después de estas escenas, que se renovaban diariamente, la calma se restablecía de repente hasta la noche, pareciendo que todo aquel movimiento y aquella vida habían quedado encerrados bajo los cristales del muestrario, que contenía, sonrientes é inmóviles, los retratos del padre y las hijas.

Desde la calle de San Fernando, hasta la casa de banca *Hermelingue é hijo*, en donde estaba empleado, el Sr. Joyeuse tenía por lo menos que andar durante tres cuartos de hora. Marchaba con la cabeza muy erguida, como si temiera arrugar el hermoso lazo de la corbata, hecho por sus hijas; y como la mayor de ellas, siempre previsora y prudente, le levantaba en el momento de salir el cuello de la levita para evitar que se constipara, aun con una temperatura de estufa, el Sr. Joyeuse no lo bajaba hasta llegar á su oficina.

Viudo hacía unos cuantos años, este buen hombre no vivía más que para sus hijas, que eran su único pensamiento, y se sentía feliz viéndose rodeado

por aquellas cabecitas rubias que se agitaban sin cesar en su derredor como los ángeles en un cuadro de la Asunción. Todos sus deseos, todos sus proyectos, se relacionaban siempre con las citadas niñas.

Como sucede constantemente en las familias que han gozado de cierto bienestar pecuniario, Aline, que era la mayor, había sido educada en uno de los mejores colegios de París. Elisa estuvo también dos años con su hermana; pero las dos más pequeñas, nacidas demasiado tarde y cuando los apuros entraron en la casa, fueron enviadas á uno de los colegios del barrio, en el que poco aprendieron, teniendo, por lo tanto, que completar privadamente su educación. Y no era cosa fácil en verdad, pues la más joven se reía de todo; rebosando salud y alegría, parecía una alondra, siempre en movimiento y huyendo á todas horas del pupitre y de los libros, mientras que la señorita Enriqueta, imbuída no se sabe cómo por ideas de grandeza, no gustaba mucho tampoco de estudiar. Esta niña de quince años, dotada de grandes facultades imaginativas, arreglaba su vida de antemano y declaraba formalmente que se casaría con un joven aristócrata, y que tendría tres hijos, un varón para conservar el título, y dos niñas para vestir las siempre iguales...

—Sí, eso es, decía la *Abuela*; las vestirás iguales; pero mientras tanto, veamos si sabes lo que son participios.

La «Abuela» era Aline.

—La llamábamos así cuando era pequeña, decía el Sr. Joyeuse, porque con su gorrita encañonada y su autoridad de hermana mayor, era tan razonable y se parecía tanto á su abuela, que se quedó con aquel nombre.

El buen viejo daba esta explicación con un tono tal, que parecía la cosa más natural del mundo que ese dictado fuese unido á tan encantadora juventud. Y todos en la casa discurrían de igual modo que el Sr. Joyeuse, pues hasta la anciana criada llamaba «abuela» á la joven, sin que ésta jamás se sintiese molestada por ello, toda vez que veía que la influencia de nombre



Todas las muchachas se asomaban á la ventana.

tan venerable, añadía á la ternura que la prodigaban, una deferencia halagadora, dando al mismo tiempo á su autoridad ideal cierto seductor realce.

Y de seguro que no se aburría. Su vida era una continua ocupación, que comenzaba con el alba y no concluía hasta la noche; tenía que alentar y sostener á su padre, instruir á sus hermanas, ocuparse de todos los cuidados materiales de aquella casa, en la que faltaba la madre, siendo infatigable siempre, pero sin aparentar cansancio, cosa muy en armonía, por cierto, con el egoísmo humano, que de este modo se libra de todo reconocimiento y que, como contrario á todo sacrificio, apenas se deja vencer por la abnegación y el heroísmo.

No era la hija valerosa que trabaja para alimentar á sus padres, y que, corriendo desde por la mañana hasta la noche dando lecciones, olvida en la agitación de su vida todos los sinsabores del hogar doméstico, no; Aline comprendió que debía obrar de diferente modo; cual abeja sedentaria, se aplicó á cuidar únicamente de su colmena, sin ocuparse para nada del aire y de las flores. Llenaba mil funciones á un tiempo; modista, costurera, maestra de música, institutriz y tenedora de libros, pues el Sr. Joyeuse, incapaz de dirigir su casa, la dejaba la libre disposición de los recursos.

Entre sus discípulas, la que más ocupación le daba era su hermana Elisa, que habiendo sido reprobada tres veces en los exámenes de historia, se preparaba de nuevo, y llena de desconfianza y de miedo no abandonaba el libro ni aun para comer. Pero no siendo ya ninguna niña, sino antes bien, una joven muy linda en verdad, no poseía la memoria mecánica de la niñez, en que las fechas y los acontecimientos se graban para toda la vida. Entre mil preocupaciones, la lección aprendida se olvidaba en un minuto, á pesar de la aparente aplicación de la alumna, que con los ojos fijos en el texto, sus rubios rizos rozando las páginas y su linda boca moviéndose sin cesar, repetía: «Luis, llamado el Testarudo, 1314-1316.—Felipe V, el Largo, 1316-

1322... 1322... ¡Ah! Abuela, estoy perdida. Jamás lo sabré.»

Entonces la Abuela se acercaba, la ayudaba á fijar su espíritu y á conservar en su memoria algunas de estas fechas de la Edad Media, dándole al mismo tiempo alientos y valor.

Y en los intervalos de aquellos múltiples trabajos y de una vigilancia general y constante, hallaba siempre tiempo para ejecutar muy lindas labores, sacando de alguna canastilla un bonito encaje de crochet, ó algún bordado en cañamazo, pues aunque estuviese hablando, nunca se veían ociosas sus laboriosas manos.

Mientras tanto el padre de nuestras niñas iba á su oficina constantemente; pero influido por el cariño de sus preciosas hijitas, más que en las operaciones de caja pensaba en ellas y formaba de continuo miles de proyectos, relacionados todos con la futura prosperidad de sus adorados ángeles.

Su imaginación, siempre trabajando, le hacía divagar muchas veces, dando á su fisonomía una expresión calenturienta que hacía contraste con su correcta apariencia de empleado.

¡Y como progresaba su fantasía y crecían sus ilusiones!

Una mañana, habiendo dejado su casa á la hora y en las circunstancias de costumbre, empezó, después de volver la esquina de la calle de San Fernando, á forjar una de sus frecuentes novelas íntimas. Se acercaba el fin del año, y tal vez la vista de algún puesto de esos que se improvisan en la vía pública, le hizo pensar en el año nuevo y en los aguinaldos. En seguida la palabra *gratificación* se presentó á su espíritu, dando pábulo á sus quiméricas pretensiones. En el mes de Diciembre, los empleados del banco Hermelingue recibían doble sueldo, y es cosa sabida que en casa de los empleados, esto sirve de base para mil cavilosas más ó menos agradables, tales como regalos que hay que hacer, muebles que renovar, ó bien guardar alguna cantidad en el fondo del cajón para casos imprevistos.

El Sr. Joyeuse, habiendo perdido una pequeña fortuna, no estaba sobrado de